



Después de 200 años desaparecida por la deforestación masiva, los científicos celebran el nacimiento de una cría de Guacamaya roja en la Mata Atlántica

Posted on Mayo 20, 2026

La Mata Atlántica acaba de recuperar una escena que llevaba demasiado tiempo sin verse. En el sur de Bahía, Brasil, dos crías de guacamayo rojo y verde (*Ara chloropterus*) han nacido en libertad después de casi dos siglos sin registros de reproducción de la especie en este bioma, según confirmó el Ibama en abril de 2026.

La noticia no significa que el problema esté resuelto. Pero sí marca un antes y un después para un bosque castigado por la deforestación, la fragmentación y el tráfico de fauna. En conservación, que una especie vuelva y críe por sí sola cambia mucho la lectura.

Un regreso histórico

El nacimiento se registró dentro del Proyecto de Reintroducción de la Arara-vermelha-grande en la Mata Atlántica, impulsado por el Cetas del Ibama en Porto Seguro, un centro que recibe y rehabilita fauna silvestre. El programa empezó en 2022 y buscaba devolver al litoral brasileño una especie que había desaparecido de esa zona por la pérdida de hábitat y la captura ilegal.

El dato clave es este. No se trata solo de soltar aves en el bosque, sino de conseguir que encuentren pareja, usen un nido y alimenten a sus crías. Según el organismo brasileño, los dos polluelos ya fueron observados volando, siendo alimentados por sus padres y explorando comida por su cuenta.

Qué ave ha vuelto

La protagonista es la arara-vermelha-grande, conocida también como guacamayo rojo y verde o guacamayo aliverde. En algunos titulares aparece como guacamaya roja, pero el nombre científico ayuda a no confundirse con otras especies parecidas. Aquí hablamos de *Ara chloropterus*.

La especie no estaba borrada de todo Brasil. El propio Ibama explica que sus poblaciones salvajes actuales se concentran sobre todo en el Centro-Oeste y el Norte del país. Lo que se había perdido era su presencia reproductora en la Mata Atlántica costera.

De hecho, el Ibama recuerda que ya aparecía en la Carta de Pero Vaz de Caminha, del año 1500, descrita como «papagayos rojos, muy grandes y hermosos». No era una rareza de paso. Formaba parte del paisaje.

Cómo se preparó el regreso

El regreso no fue una suelta improvisada. Como ya no existen poblaciones silvestres de esta especie en la Mata Atlántica, los ejemplares usados proceden de cautiverio, donaciones particulares o incautaciones contra el tráfico de animales. Al llegar al Cetas, pasan por microchips, anillas, cuarentena, revisión clínica y evaluación de comportamiento.

Después viene la parte más delicada. Las aves se entrenan en viveros de vuelo para ganar fuerza, socializar y reconocer mejor el entorno. También reciben frutos nativos y se familiarizan con cajas nido artificiales, porque sobrevivir fuera de una jaula exige habilidades que no aparecen de un día para otro.

En 2024 se liberó el primer grupo, formado por 35 ejemplares, mediante una técnica de «suelta blanda». Esto significa que las aves podían salir poco a poco, usar comederos de apoyo y volver cuando lo necesitaran. El objetivo era reducir el choque de pasar del manejo humano a la selva.

La señal del nido

El primer lote no tardó tanto como esperaban los técnicos. Aunque estudios citados por el Ibama apuntaban a que la reproducción podía tardar hasta cinco años, varias cajas nido ya fueron ocupadas en el primer año posterior a la suelta. En 2026, algunos adultos empezaron incluso a defender esos espacios.

Ese detalle importa. Un ave que defiende un nido no está actuando como un simple ejemplar liberado que sobrevive a medias. Está mostrando territorio, vínculo de pareja y una inversión real en criar.

La coordinadora del proyecto, Ligia Ilg, explicó en la información oficial que el seguimiento detectó a una pareja permaneciendo durante largos periodos en una de las cajas nido. El equipo optó por vigilar a distancia para no interferir. A veces, en conservación, la mejor decisión es no acercarse demasiado.

Por qué importa al bosque

El guacamayo rojo y verde no es solo un animal bonito para una foto. Se alimenta de frutos y semillas, y por su tamaño puede transportar semillas grandes a distancias importantes. En la práctica, eso ayuda a mover la vida por el bosque.

Por eso el Ibama lo presenta como una especie capaz de influir en la regeneración forestal y en la dinámica ambiental. Su regreso puede favorecer árboles futuros, alimento para otros animales y una red ecológica más rica. Un bosque no se recupera solo plantando árboles. También necesita animales que los dispersen.

Un bioma bajo presión

La Mata Atlántica es uno de los grandes símbolos naturales de Brasil, pero también uno de sus biomas más golpeados. La Fundación SOS Mata Atlántica señala que, según MapBiomas, queda alrededor del 24 por ciento de cobertura forestal original si se suman fragmentos jóvenes y maduros de más de media hectárea. Con la mirada del Atlas, más estricta, solo queda el 12,4 por ciento de cobertura forestal original madura.

La misma fuente advierte que los macizos forestales mayores de 100 hectáreas representan solo el 8,5 por ciento de la superficie forestal original del bioma. Dicho de otra forma, el regreso de dos crías es una buena noticia dentro de una historia todavía muy frágil.

Y aquí está el punto incómodo. Si los fragmentos quedan aislados, si vuelve la tala o si el tráfico de animales encuentra nuevas oportunidades, el avance puede quedarse corto. La conservación no termina cuando nace el primer polluelo.

Lo que viene ahora

El proyecto seguirá necesitando seguimiento de largo plazo. En 2024, Ligia Ilg ya había explicado que la meta era evaluar si se lograba una «población silvestre, sin intervención humana». Esa frase resume el verdadero objetivo.

También harán falta nuevas aves, vigilancia, educación ambiental y conexión entre áreas de bosque. La Estación Veracel y otros socios del proyecto cumplen un papel clave, pero el reto no cabe en una sola reserva. Los guacamayos vuelan, buscan alimento y necesitan espacio.

Aun así, este nacimiento cambia el ánimo. Después de casi 200 años de silencio en la Mata Atlántica, dos crías han salido adelante en libertad. Es una señal pequeña, sí, pero muy concreta.

El Maipo/Ecoticias